

# LOS "BAJOS" DEL SUIZO

Si cuando alguien comentando al gran poeta y filósofo indú Tagore, se hubiese sonreído ante la supuesta ignorancia de otro que aparentaba no saber quién era y le tomó, al ver (en fotografía) sus vestiduras, por un personaje de los tiempos bíblicos, esto que pretendemos que sea el Suizo, lugar (¡los lunes a las ocho!) de tertulia agradable y hermanada, terminaría siendo un nido de susceptibilidades rotas.

No es así, porque a Tagore le conocemos todos y es, por tanto, admisible hacer ante su pose la pirueta intelectual de la ignorancia. No es así, porque no hay sonrisas y nadie, so pena de «voluntaria declaración en berrinche», se debe dar por aludido.

Tanto es (que no existe doloroso codazo), que muchos se han dado cuenta ya y han acudido y acuden animosos, reconfortados, al saberse fuertes, comprendidos en la unión y han sonreído al comprobar que su locura no la padecen ellos solos. Saben que si tienen prisa se pueden ir los primeros, en la seguridad de que cincuenta más no quedarán sacándole las tiras. Si alguno existe que esto hace, peor para él. En una mesa de doce hubo hace 1957 años un traidor. Siempre en una mesa existe el que compra y vende.

Pero hubo entonces once (mayoría) y cuarenta y nueve ahora que con sólo la mirada le ofrecen teóricamente cuerda y árbol para que se ahorque.

Fernando Espejo contó una fábula, una parábola sobre abogados de pobres, chisteras a repartir y agrupaciones, que hizo que al final reinase un silencio entre miradas mutuas e interrogantes. Los más ingenuos se habrán preguntado más de una vez ante los decires de Espejo y la sonrisa del que coge honda: «¡qué tontería!», y el susceptible: «¿qué habrá querido decir?» o, «¿lo habrá dicho por mí?» A Espejo, que conoce a Tagore, a Oscar y a Quevedo, se le entiende perfectamente siempre que el oyente conozca a los mismos señores.

Y cuidado con el capitis, porque no es ninguna tontería explicar: «y extendió su esterilla». Sinuhé lo sabe y Waltari también.

«Sin distinción de...» como empiezan algunos artículos de la Constitución Americana, aunque luego sí que hay

distinciones, y de esto saben bastante de María Anderson a Josefina Baker, nuestras mesas del Suizo queremos que no sean las de la O. N. U.

Es decir, que aquí, y GRACIAS a que sucedió (caso insólito que comprobaban nuestros ojos con emoción y alegría, y quizá por eso también nos miraban las gentes como a bichos raros), pueden venir y sentarse padres junto a hijos, los Giles, esos andaluces pegados a Toledo; maridos junto a esposas, ese dechado de cortesía que son, por ejemplo, el matrimonio Lillo, dulzura e inteligencia por parte de ella, comprensión y elegancia por parte de él; Tomás Sierra, sacado de sus casillas e irreprimible de contener su curiosidad; L. Rodríguez, «el fotógrafo jr.», con su estentórea y contagiosa risa...

Queremos, sin embargo, como Alberto Castillo, «más y más».

Hay mesas de chicas jóvenes que siempre están diciendo que se aburren.

A ellas, que se han atrevido a montar la Lambretta e incluso la D.K.W. 5 Hp, a pasar en grupos (sólo mujeres) a las tasquitas, a vociferar en los campos de fútbol, las invitamos, en la seguridad de que siempre hay un conocido que las anime a que se acerquen sin miedo por nuestras reuniones. Además de ser lo más agradable que existe, la mujer, una vez más, sería el elemento moderador. Con ella delante, callaríamos muchas cosas innecesarias.

Y nada más. Sólo que si de Toledo



hasta ahora no ha salido ningún premio Planeta, Nadal, Ciudad de Barcelona, Gijón o Eliseda Moncada, esperamos de alguna toledana (para los premios va siendo cada vez más necesario llevar faldas) que se animen con los ejemplos de Carmen Laforet, Mercedes Salisach, Carmen Kurz (todas conocedoras del «Trascacho» barcelonés), Dolores Medio, Luisa Forrellad, Ana María Matute, etc., etc., etc.

Y ahora sí que de verdad: ¡hasta el número próximo!

## MUSICA

### Estreno de «Homenaje a Walt Disney»

La crítica dijo: «No falta, sin duda, en el «Homenaje a Walt Disney», la fantasía para piano y orquesta de Jesús Guridi, nombre ilustre que se une a otro señero en la música española, el de Oscar Esplá, cuyo premio alicantino 1956 merece y recibe por unánime voto. Vaya por delante, casi resulta ocioso decirlo, que la obra —estrenada en Alicante y luego en Barcelona por la Orquesta Municipal de esta ciudad, con su titular Eduardo Toldrá y Pilar Bayona, las dos figuras de este día — logró un éxito grande en su primera ejecución madrileña. Exito de la solista, excelente de técnica y seguridad, del maestro y la orquesta, colaboradores insuperables y del autor, que recogió desde su palco largas ovaciones. En lo que a mi juicio personal se refiere, yo me quedo con el Guridi de la «Sinfonía pirenaica», del «Cuarteto» y, ya no digamos, las «Melodías vascas». Su «Fantasía», quizá de proporciones que pudieran limitarse, tiene el peligro del título. El nombre de Walt Disney nos hace pensar en la ocurrencia, el desenfadado, el dinamismo, el chisporroteo, la genialidad en el pequeño invento de personajes originalísimos, en la ternura y el humor, dosificados. No en la grandilocuencia, del mundo «cantabile». Y Guridi utiliza una frase más para Jeanette McDona d —si nos centramos en el «cine»—, más para un lirismo heredero, como la ornamentación pianística, de Grieg, de Liszt, de Rachmaninoff, que para el dibujante prodigioso. Para él, lo que mejor conviene es la pirueta episódica —portamentos del violín, juegos de xilófono, pandereta, fagot, flautín...—. Guridi, en otras palabras, como es un músico magnífico, no puede hacer sino una obra digna de noble factura —ANTONIO FERNÁNDEZ CID».

(A B C, Marzo 1957).